



El viejo roble: una despedida con sabor amargo

(*The Old Oak*, Ken Loach, 2023)

La crítica ha sido, por lo general, bastante dura con la, quizás, última película del cineasta británico Ken Loach y su guionista habitual, Paul Laverty. Su cine ha hecho siempre justicia al calificativo de "cine social", pues nunca se apartó de estas nobles intenciones y la historia siempre le recordará como un artista comprometido con las causas de las clases obreras y los desfavorecidos. *El viejo roble* también lo es, la película responde a los intereses que marcan las directrices del cine de Loach a lo largo de una dilatada carrera; aunque tal vez lo que ha cambiado no sea Ken Loach que siempre busca hacer un cine de carne y hueso, identificable en sus posiciones críticas, sino los tiempos, las sensibilidades y los públicos, que recelan de los con tenidos dogmáticos y la instrumentación de la sensibilidad en beneficio de la sensiblería.

Las señas de identidad permanecen inmutables y no es nuevo ese afán por descubrir entre los entresijos algún atisbo de esperanza, tan justificable cuando las carreras se hacen largas y los cineastas quieren dejar mensajes positivos, tablas de salvación sobre la desesperanza que invade a las colectividades. Pero es precisamente este empeño en dejarnos con buen sabor de boca, después de diseccionar las miserias de la condición humana lo que

más ha insatisfecho a sus incondicionales: es ese afán final por dulcificar, a la postre, una realidad muy amarga. Un signo de inconformismo. El cineasta ha subrayado en sus declaraciones que el mensaje no es otro que toda esperanza debe venir de la solidaridad, y no de la caridad. Así la película por momentos pugna por convertirse en el relato de una gesta popular, en una desesperanzadora historia de racismo y bajezas humanas.

Esta vez la mirada lúcida y crítica de Ken Loach / Laverty se ha centrado en una pequeña localidad del norte de Inglaterra (Durham), uno de esos reconocibles barrios obreros, siempre identificados con sus películas. Sobre la rudeza gris y la crisis de una desgastada población minera en la obsolescencia, el paro y la pobreza, el desencadenante de la historia es la llegada de un autobús cargado de mujeres y niños, refugiados sirios que huyen de la guerra en su país y de las atrocidades del régimen de Bashar al-Assad.

Se trasluce, como punto de partida, el resultado de unas políticas de acogida que no ponen a prueba la solidaridad de los ricos, sino la de los pobres y los desheredados, como si el destino mandara que Dios los críe y de alguna manera la política decide que deben juntarse en guetos de pobreza, preferiblemente en espacios con poca visibilidad social. Mujeres y niños sirios, que han huido de la guerra que asola a su país, son acogidos en hogares de miseria, miseria que deben compartir con los lugareños, donde el único remedio para ser solidarios es escarbar en la pobreza.



Un cordón humanitario: la amistad entre el viejo solitario Ballentyne, al que abandonó su esposa, y la joven refugiada Yara, que no sabe si su padre está vivo o muerto.

Pronto la historia se perfila en torno al eje de solidaridad que aparece entre dos personajes. La joven Yara (Ebla Mari), a la que nada más llegar un violento vecino le destroza la cámara fotográfica que porta como pertenencia de su padre

(que quedó en la guerra); y el propietario de un pub, *The Old Oak*, T.J. Ballantyne (Dave Turner). Mientras en las gentes del lugar crecen los recelos y los sentimientos xenófobos hacia “los moros”, aparece un reducido grupo de personas. Con su heroína al frente, una entusiasta luchadora social, Laura (Claire Rodgerson) que junto a T.J. reparten, en la furgoneta de éste, comida y enseres entre todos los que lo necesitan. De la acción de estos tres personajes surge la progresión del relato.



El pub de T.J., emblemático lugar donde se proyectan las tensiones de la convivencia.

El pub es el más emblemático espacio de convivencia (y mucha cerveza) entre las gentes del lugar, por eso se ve con recelo y susceptibilidad las atenciones de su propietario con los foráneos. El extremismo de los ultras se radicaliza (señalaba Ken Loach que trataron de mostrar como se despliega el racismo en la sociedad, que necesitan sujetos para culpabilizarles de sus frustraciones). Y la narración va discurriendo en las diversas peripecias de la confrontación,

que más o menos discurre por los cauces previsibles, acumulando expectativas.

La historia es muy sencilla y se va alimentando de un cierto maniqueísmo, que es resultado de la falta de matices del guion para expresar la radicalidad de unos y la solidaridad individual, que se constituye en la idea vertebradora y a su vez en el motivo central: “no es un discurso político”, aclaró Ken Loach, “sino un relato”.



Por momentos, quienes comen juntos desarrollan lazos de identificación. O ese es el objetivo.

Dentro de la desesperanza hay espacios para dulcificar, elementos poéticos y mensajes positivos, que a veces chirrían por hacerse excesivamente explícitos, o desdramatizan, pero generan islotes de esperanza, quizás con excesiva, innecesaria, carga didáctica, pues no necesitan subrayados. Incluso incorporan un pequeño cuento, con su poética y su simbolismo, que actúan como treguas dentro del relato dramático.



T.J. vive aferrado a su más fiel compañero en la existencia.



Hay un mensaje optimista, o al menos bien intencionado: la solidaridad debe ser un compromiso universal, que atañe a todos.



Cabezas altas y miradas abiertas al futuro, cabellos al viento que proyectan esperanza. Y miradas caídas, que se cierran en sí mismas, cabezas cubiertas por la sumisión ancestral, que ahogan y se diluyen en la desesperanza.



The Old Oak (1923, 110 minutos)

Director: Ken Loach

Guion: Paul Laverty

Música: George Fenton

Fotografía: Robbie Ryan

Coproducción: Reino Unido-Francia; Sixteen Films, Why Not Productions. Distribuidora: Front Row Filmed Entertainment

[El viejo roble \(2023\) - FilmAffinity](#)

[El Viejo Roble \(2023\) - IMDb](#)

www.elpuenterojo.es